

AMERICA LATINA, HISTORIA E IDENTIDAD

Angel Lombardi

El autor es licenciado en Educación, mención Ciencias Sociales en la Universidad del Zulia, Doctor en Historia en la Universidad de Madrid, y profesor titular en la Facultad de Humanidades y Educación de L.U.Z.

1. DE LA IDENTIDAD

Plantearse el tema de la identidad cultural de Hispanoamérica es una de las formas más válidas y viables para intentar una comprensión orgánica y totalizadora de todo nuestro proceso histórico.

El concepto de identidad y la problemática que genera se ha inscrito en la historicidad más concreta de la realidad latinoamericana o se ha desarrollado en una vertiente especulativa, metafísico-ontológica, que tantos cultores ha tenido entre nosotros. En ese sentido el tema de la identidad para el pensamiento latinoamericano ha sido evasión o búsqueda; alienación o compromiso. Dos tendencias se han ido formando en torno a la problemática de la identidad, una, eminentemente conservadora y reaccionaria, otra, revisionista y crítica; en ambas tendencias se viven los mismos afanes: develar el sentido profundo de nuestra historia. Estas preocupaciones se vivieron desde el mismo momento del descubrimiento; conocer y aprehender a América fue obsesión de muchos; América más que descubierta fue inventada reiteradamente. En una perspectiva eurocéntrica, se escamoteó la realidad indígena y se inventó el mito del nuevo mundo.

En los dos siglos siguientes viajeros y naturalistas nos redescubrieron y recrearon los viejos mitos convirtiéndonos en el mundo del futuro por excelencia. Una vez lograda la independencia, la necesidad de definirnos en nuestra especificidad, se convirtió en necesidad histórica y prioridad nacional y americana. Así encontramos las interpretaciones clásicas y fatalistas que atribuyen nuestro atraso al clima o a la raza, que de hecho definirían nuestra identidad más esencial: D.F. Sarmiento, C.O. Bunge, A. Arguedas; o a características negativas del colonizador hispano: J. Ingeniero, S. Ramos. Otros

autores intentan comprensiones menos deterministas y más científicas: J.B. Alberdi, G. Freyre, E. Martínez Estrada, H.A. Murena, O.Paz; aportes significativos y de carácter acumulativos todos ellos, pero incompletos. Es necesario llegar a los últimos treinta años y al desarrollo de las Ciencias Sociales entre nosotros para poder contar con interpretaciones menos parciales y más satisfactorias, y en donde el pensamiento de inspiración u orientación marxista ha jugado un papel fundamental. Las modernas teorías de la Dependencia, de la Dualidad y la Modernización han permitido avanzar de manera decisiva en ese largo proceso de autocomprensión y autoconciencia que no otra cosa ha sido nuestra angustiosa búsqueda de la identidad, nuestra conquista de la esfinge latinoamericana, en pos de una verdadera teoría de Latinoamérica.

El término 'identidad' en la medida que se utiliza, sirve para definir muchas cosas, es esencialmente teórico y con significaciones múltiples, de allí la necesidad de definirlo y delimitarlo. Estamos totalmente de acuerdo con la opinión de C. Levy Strauss cuando afirma: "la identidad es una especie de recurso necesario para explicar un montón de cosas pero que en sí mismo carece de existencia real", lo real son las colectividades y agrupamientos concretos: sus problemas, su historicidad, sus expectativas. El concepto de identidad es un recurso teórico que ha hecho posible reducir colectividades históricas diversas, identificadas por algunos rasgos esenciales comunes, de allí su utilidad pero igualmente sus límites.

En función de todo ello es por lo que el término identidad se confunde o superpone con lo real-histórico, es decir al proceso histórico total de una colectividad determinada. Nuestra identidad no es otra cosa que nuestra historia. Cada acontecimiento, cada circunstancia, cada elemento, cada objetivo de una colectividad histórica, define y explica su identidad, de allí más que definir conceptos, lo que procede metodológicamente es analizar situaciones. Toda aproximación al tema de la identidad implica siempre dos posibilidades o perspectivas: su dimensión individual-subjetiva y su dimensión social-colectiva. En la práctica la delimitación no es fácil ya que ambas dimensiones y perspectivas en todo momento tienden a confundirse. Igualmente hay que evitar el reduccionismo, ya que la identidad reducida a su condición más individual y subjetiva, no nos conduce a ninguna parte. Hay que evitar igualmente todo ampliacionismo, la identidad universalizada tampoco es nada y no nos conduce a ningún lado.

Existe una identificación individual, psicológica básica en todo ser humano: su sentimiento de pertenencia, expresado normalmente a través de una lengua, de una cultura, una etnia y un color, un hábitat y una territorialidad. Este sentimiento de pertenencia individual-colectivo comienza siendo eminentemente personal, familiar y se termina identificándose con un grupo, una clase, una sociedad nacional y hasta supranacional.

Esta dialéctica de la identidad, enfrentamiento y equilibrio entre una individualidad exacerbada y una socialización despersonalizada va definiendo el camino que recorre un individuo y una sociedad en el proceso de su identificación. El ser humano en el proceso de su madurez psicológica busca un equilibrio consigo mismo, con respecto a los demás y al medio, en función de que logre armonizar su triple identidad expresada en las frases: Soy el que soy; afirmación tautológica que tiene el mérito de su indiscutibilidad, tal como se hacía con respecto a la existencia de Dios, (uno

de los significados de la palabra Jehová en el Viejo Testamento es esa: Dios, el que es). Soy lo que yo creo que soy, todo individuo parte y necesita de la autoestima, así como maneja una idea básica de sí mismo esencialmente favorable. Soy como los demás creen que soy, es nuestra irrenunciable dimensión social, para y con los demás; como dicen los filósofos existencialistas es el descubrimiento, necesidad y rechazo del "otro". A esta dimensión individual-social de la identidad pertenece la famosa definición Ortegaiana "Yo soy yo y mi circunstancia". De esta imbricación entre lo individual y lo social se han originado prácticamente todas las tesis, posturas y filosofías que han tratado el tema de la identidad.

Para antropólogos y etnólogos, a partir de sus investigaciones y experiencias con pueblos primitivos, la identidad está dada por una actitud simultánea de pertenencia y de oposición (etnocentrismo) que implica una calificación positiva hacia lo propio y de calificación negativa hacia lo extraño, lo extranjero. Hay un sentimiento profundo de oposición entre "nosotros" y "ellos", es la explicación y la distancia que hay entre el totemismo y el canibalismo. La identidad se da a partir de un centro o eje común, un origen común y un principio propio benefactor (mitología); se arranca de una invariante (la esencia), definido por su permanencia, cohesión y homogeneidad. Todo etnocentrismo implica una definición positiva de identidad con respecto al propio grupo y una definición negativa-agresiva con respecto a los otros grupos y pueblos. De allí que los antropólogos han llegado a manejar la idea de que la cultura no sólo conecta espacios sino que su misión original era, a partir de las diferencias, desconectar espacios culturales justificando ideológicamente toda agresión, conquista y explotación.

Hoy esta tesis de la cultura como conexión-desconexión de espacios culturales adquiere enorme significado teórico-metodológico cuando se aplica al mundo contemporáneo con tendencia a la unidimensionalidad y a constituirse como "aldea global". El etnocentrismo, concepto básico para entender la realidad histórica, adquiere para los latinoamericanos importancia capital, ya que si algún pueblo ha sido víctima permanente de otros etnocentrismos hemos sido nosotros. Desde los orígenes se nos ha visto y definido esencialmente desde afuera, verdadera "capitis diminutio" histórica, fuimos inventados y disminuidos por uno de los etnocentrismos más avasallantes y agresivos que han existido. Fuimos y somos percibidos esencialmente, a partir de un tremendo complejo de superioridad que a su vez implica y propicia un tremendo complejo de inferioridad. Este es a nuestro juicio una de las claves para comprender nuestro proceso histórico. En nuestros pueblos se ha cultivado y desarrollado una inmadurez histórica que ha impedido vernos tal como hemos sido y somos (soy el que soy). Nos han y nos hemos definido siempre desde afuera especialmente a partir de nuestras relaciones con Europa. Desde el mismo descubrimiento fuimos pueblos descalificados: subestimados históricamente y sobrestimados mitológicamente, eurocentristo agresivo que hoy prolonga sus efectos en la llamada relación Norte-Sur. El eurocentristo se configura de manera definitiva con la hegemonía de la llamada Europa Occidental, en los últimos siglos en su versión nord-atlántica, aunque sus orígenes son tan antiguos como la propia civilización occidental. Para el griego del mundo herodotiano todo lo no griego por definición es lo "no civilizado", es decir, "bárbaro"; igual denominación utilizarán los romanos para designar a los pueblos rivales y no so-

metidos, especialmente a los pueblos del norte y noreste europeo. Bárbaros son los pueblos primitivos e ignotos, es decir lo extraño, lo extranjero en general a quienes se podía matar y esclavizar impunemente, casi como un mandato divino, lo que después será considerado como un mandato civilizatorio. En los albores de la llamada edad moderna, los antiguos bárbaros de origen germánico constituyendo vigorosas y agresivas nacionalidades europeas, utilizarán el término "selvaggio" habitante de la selva, para significar lo mismo, lo primitivo y bárbaro, para referirse a otros pueblos esencialmente no europeos.

En la época moderna, siglos XVI, XVII y XVIII, la Europa Occidental y nordatlántica ubicará al resto del planeta en una situación de marginalidad histórica y de minusvalía: pueblos mestizos y de color, climas calientes, caracteres pasivos, débiles, crueles, propensos a todos los vicios, perezosos, inestables, imaginativos, sensuales, sumidos en todas las servidumbres y en todos los despotismos; en esta tipología racista y colonial fueron ubicados y descalificados pueblos y culturas tan diversos como judíos, árabes y eslavos; orientales, africanos y americanos.

En el siglo XIX y XX la tipología colonialista incluye nuevos pueblos y excluye otros, pero la mentalidad eurocéntrica sigue prevaleciendo en tanta gente, lo que explica el éxito del nazi-fascismo así como de filosofías irracionistas que todavía hoy atraviesan el mundo. La tentación etnocéntrica está siempre presente y constituye uno de los mayores peligros que acechan a la humanidad.

Para el mundo y la cultura europea así como para el llamado mundo occidental y con más razón para los demás pueblos es tarea prioritaria denunciar el eurocentrismo como paso complementario a la descolonización, es necesario reconciliar al mundo contemporáneo con sus realidades objetivas. La historia mundial ya no es europea y a partir de 1945 los ejes y focos de la historia pasan por otros paralelos y meridianos.

Igualmente es necesario detectar y limitar toda otra supremacía con su consiguiente mito etnocéntrico: mesianismos, colonialismos e imperialismos tienen que ser expulsados de la historia. Hay que denunciar y combatir el hegemonismo soviético-norteamericano como peligroso y suicida para la humanidad. Los pueblos se necesitan y buscan, vivimos el alborear de una época cada vez más integrada y solidaria: por primera vez todos los seres humanos compartimos un temor común, no la mera angustia por nuestra finitud individual sino la conciencia angustiada frente a la posibilidad real del fin de la especie en un holocausto colectivo. Somos y nos percibimos eminentemente como humanidad.

En nuestro siglo por primera vez han sido ensayadas, inéditas formas de convivencia y organización a escala mundial, nuestra esperanza nos conduce a pensar que en la perspectiva de la larga duración es irreversible el proceso hacia una convivencia orgánica y armónica universal entre todos los pueblos de la tierra; uno de los pivotes de esa esperanza es la limitación de los etnocentrismos egofistas sustituidos por un policentrismo étnico-cultural creador; que la cultura deje de ser exclusión y se convierta en vínculo entre todos los pueblos, sin perder su carácter diferenciador y sus particularidades creadoras.

C. Levy Strauss, en 1952, en su trabajo "Raza e Historia" patrocinado por la

UNESCO, expresaba lo siguiente: "la genética moderna niega la noción puramente genética de raza; en todo caso, ninguna propiedad psicológica en particular se vincula a las razas; y por encima de todo, lo absurdo y peligroso del racismo estriba en que superpone inferioridades y superioridades y no simples diversidades y diferencias. De hecho el racismo no es más que un caso particular de la desconfianza y el desprecio instintivo que resienten los hombres hacia aquéllos que son exteriores a su grupo; racismo y xenofobia se separan sólo por matices y grados, y esta última se agudiza únicamente cuando los signos materiales (rasgos físicos, lengua) permiten distinguir mejor los grupos. Las divisiones raciales, lingüísticas y culturales son pues, realidades tangibles que combinadas con el instinto de grupo y de desconfianza hacia lo 'extranjero' constituyen factores de la división humana y son el terreno para las psicologías de guerra".

De acuerdo con lo que llevamos dicho, lo que procede es intentar analizar algunas situaciones para terminar de delimitar el concepto de identidad.

La identidad tendrá, tal como hemos visto, una dimensión sincrónica, individual y una dimensión diacrónica, es decir, colectiva e histórica. Ahora bien para que el concepto de identidad tenga valor metodológico y permita analizar situaciones es necesario "identificar la identidad" en un cuerpo histórico socio-cultural concreto.

Para lingüistas y semiólogos en general, la identidad no existe sino en cuanto lenguaje y representación, lo que nos conduciría en consecuencia a "identificar la identidad" esencialmente a través del arte y la literatura de un pueblo y de una época determinada.

La identidad asume diversas formas, de acuerdo a las ocasiones (tiempos históricos) igual como el individuo asume diversas identidades en su biografía personal, continuas o superpuestas, de tipo personal, social, religiosa, nacional, etc. Normalmente conviven una identidad religiosa y una social, aunque en un determinado momento pudieran llegar a oponerse. En América Latina esta identidad múltiple: étnica, religiosa, social, tiende a subordinarse en general a un sentimiento generalizado de identidad nacional en detrimento de identidades más amplias como la latinoamericana.

En un intento de aprehensión descriptiva de nuestra identidad podemos constatar que existe en América Latina un sentimiento generalizado de pertenencia a una lengua, una cultura y una etnia, se asume esta identidad básica especialmente cuando conviven en el extranjero los diversos nacionales latinoamericanos y frente a los otros países no latinoamericanos y especialmente los Estados Unidos.

Hoy, un mejor conocimiento de nuestras realidades y sus complejidades, tiende a afirmar este sentimiento primario de identidad sobre realidades menos generales y mejor delimitadas en sus situaciones particulares: situaciones étnicas concretas y diferenciadas como lo establece Darcy Ribereiro al hablar de tres categorías étnico-culturales referidas a América Latina:

- 1) Pueblos mestizos, tipo Brasil o Venezuela en donde la mezcla multirracial se ha llevado a cabo con más o menos éxito.
- 2) Pueblos en conflicto, en donde una mayoría poblacional de origen indígena convive subordinada o en conflicto con una capa mestiza y un sector genéricamente

denominado blanco, demográficamente minoritarios como por ejemplo el caso de Bolivia, Guatemala, México, Ecuador o Perú.

3) Pueblos mayoritariamente de origen blanco-europeo, como por ejemplo Argentina, el mismo Uruguay y hasta Costa Rica.

Si este tipo de clasificación se hace ya no por países, sino por regiones, el mapa étnico-cultural de América se amplía y se complica de manera decisiva, con el peligro de confundir un sano y necesario regionalismo, con la ideología "regionalista", verdadero anacronismo histórico y fuente de múltiples y graves problemas. Una cosa es el particularismo étnico-cultural y geográfico, real y necesario y otra es la anarquía localista y la artificial autarquía cultural.

Lo importante en esta materia es identificar y precisar casos y situaciones en una perspectiva general y no generalizar y deformar.

Nosotros creemos que la identidad básica, histórica de América Latina es unitaria, americanista, pero entendido esto como un proceso basado en la diversidad, en donde ingentes y múltiples problemas restan a resolver, no en un a priori unitarista metafísico sino con un realismo político afincado en las sólidas bases unitarias de nuestra historia y si se quiere en mayor medida, en la necesidad histórica de un futuro económico-social que pasa ineluctablemente por la unidad de este continente, a partir de concertaciones y federaciones políticas, así como de integraciones económicas. En América Latina es necesario acercar pueblos y regiones, experiencias culturales, desarrollar proyectos comunes a todos los niveles, ese es el "aceite" de la historia, si se me permite la expresión, que facilitará el tránsito entre una unidad mítica y una unidad real, a construir y a conquistar.

América Latina en los grandes momentos de su historia siempre ha sido unitaria, subjetiva y culturalmente siempre se ha sentido unida. De allí que para nosotros identidad, unidad e historia se confunden.

Sin perder de vista nuestro objetivo como es el de desarrollar una indagación en el campo de la historia de las ideas, referido al proceso de nuestra identidad, hemos creído necesario, en apretada síntesis, bosquejar las grandes líneas históricas que definen el mundo colonial y facilitan el proceso de nuestra Independencia. La conciencia de nuestra identidad no es más que conciencia de nuestra historia, de allí este encadenamiento necesario.

Nuestra periodificación no pretende ser ni exhaustiva ni original, aunque es preciso llamar la atención sobre la necesidad de un criterio revisionista y potencialmente creador al respecto, ya que se ha simplificado y esquematizado en exceso y por otro lado se han confundido procesos económicos-sociales con etapas políticas, o se ha hecho prevalecer a estas últimas en exceso o se ha encasillado lo cultural en etapas esencialmente definidas por las influencias externas.

2. DE LA HISTORIA

2.1. Evolución histórico-cultural: siglos XVI y XVII

El encuentro de dos mundos que se desencadena a partir del descubrimiento colombino de 1492 marcará de manera decisiva toda la historia moderna y contemporánea hasta nuestros días: Europa descubre a América y América transforma a Euro-

pa. En todo el transcurso de la historia son frecuentes y constantes esos contactos y enfrentamientos civilizatorios; y como es lógico las influencias se entrecruzan y se desarrollan en las dos direcciones, pero nunca las magnitudes habían sido más grandes y de consecuencias más profundas y perdurables. Pretender hoy entender a Europa sin América y viceversa sería un absurdo y un imposible. Tenemos que reconocer que esta perspectiva en verdad es más americana que europea; la opinión generalizada en Europa sobre América puede resumirse de la siguiente manera: lo bueno de América es europeo, lo demás es americano. Europa en su eurocentrismo ha manejado y maneja perspectivas mundiales, pero unilateralmente. No ha llegado a comprender, no ha tenido sensibilidad para percibir la creación y el desarrollo de un mundo cada vez más original y autónomo, inclusive más poderoso que ella misma. Todavía hoy el europeo occidental tiende a subestimar el otro lado del Atlántico y a Norteamérica se le reconoce su preeminencia, pero todavía el norteamericano es visto como un producto histórico primario, inacabado, culturalmente demasiado primitivo todavía; ni hablar de la opinión que merecemos hispano-americanos y luso-americanos, así como el mundo multi-étnico caribe o antillano: se nos considera no solamente como atrasados sino como condenados a un atraso permanente. Europa con toda su ciencia no ha logrado todavía conocernos, menos comprendernos, e igual ceguera opera en general con todo el mal llamado Tercer Mundo; se nos inventa más que se nos conoce operando en el plano intelectual-ideológico, una racionalización de nuestras relaciones económicas de explotación: de allí que ha existido y existe un etnocentrismo cultural peligroso para nosotros y nefasto para la misma ciencia europea.

Un cierto americanismo, un cierto orientalismo, arabismo, africanismo, etc. . . , no es más que una visión deformada de nuestras realidades cuando no una simple y pura invención: el descubrimiento intelectual de América nos proporcionaría algunos ejemplos al respecto.

América, antes que realidad fue utopía, lo deseado, compensación frente a las carencias de una realidad miserable y proyección de los mejores deseos de la conciencia europea.

Hoy no hay la menor duda sobre la influencia del descubrimiento americano en el libro de Tomás Moro, tanto en la conferencia que dictó en 1496 sobre el tema, como en el libro impreso de 1516. Su alta posición oficial en Inglaterra le permitía manejar sobre el descubrimiento americano la mayor y mejor información para la época.

"Utopía" o la tierra de ninguna parte, de acuerdo a la intención inicial de Tomás Moro se va configurando, se va encarnando en América, en un proceso simultáneo de descubrimiento real y de descubrimiento intelectual. Utopía deja de ser un pasado mítico y un futuro ideal y se convierte en Historia, es decir América. El siglo XVI es el siglo del descubrimiento; de la conquista y de la colonización, de acuerdo a la historiografía, pero igualmente es el siglo de la mitologización de América, y al final nos han quedado los mitos, que son más persistentes que los hechos, la realidad del siglo XX es muy diferente a la del siglo XVI, pero hoy nos seguimos percibiendo esencialmente como en el siglo XVI: un nuevo Mundo, un mundo de utopía, lleno de futuro y de esperanzas.

Muy pocas veces una colectividad histórica había llegado a vivir más alienada;

si algún trabajo intelectual importante y urgente es necesario entre nosotros es éste, donde antropólogos, psicólogos sociales e historiadores se den la mano para develar este gigantesco enmascaramiento de nuestra realidad en vías de una mitología que nos ha marcado culturalmente de manera indeleble.

El primer enmascaramiento o escamoteo de la realidad fue el mismo nombre de América, la tierra innominada confundida con el extremo Oriente llevaría el nombre, ni siquiera del descubridor, sino de un navegante afortunado: Américo Vespucci, gracias al azar y a la arbitrariedad de un cartógrafo alemán; los primitivos habitantes serán indios primero y después, en un intento de corrección, amerindios. Por mucho tiempo estas tierras allende el Atlántico fueron las Indias Occidentales y en la mente afebrada de Colón y de otros tantos a horcajadas entre el Medioevo y el Renacimiento, fueron percibidas como el Paraíso Terrenal; como consecuencia natural de ello a partir de ese momento América fue todo lo que la imaginación y la Teología Medieval quisieron que fuera: tierra pre-sentidas, perdida en la intuición de los antiguos: última Tula, la Atlántida; el Paraíso Terrenal, asiento de el Dorado y de la fuente de la eterna juventud, habitadas por el Buen Salvaje, el hombre en su inocencia más absoluta; hasta el clima, y la vegetación, tierras y aguas eran paradisíacas.

Un siglo de mitologización que culminará en la obra de T. Campanella "La ciudad del Sol" escrita en 1602, en una prisión napolitana y publicada en 1623.

Nuestro primer siglo americano europeo se enmarcará en la "utopía" y "la ciudad del sol". La realidad era otra. Cristóbal Colón, en sus diarios y cartas, entre otras cosas, desarrollará una verdadera fábula caballerescas, su comprensión no es posible si previamente no se estudian las novelas de caballería; la conquista de América desde un punto de vista literario puede perfectamente enmarcarse en este género literario y denominarse como ya se ha hecho, "Los Amadises de América".

Dentro del espíritu racionalista europeo, la verdad intelectual es más real que la misma realidad, así vemos como Pedro Martyr de Anglería con acceso a las primeras informaciones sobre América desarrollará su propia visión en sus "Décadas del Orbe Novo" donde sustenta la tesis del Nuevo Mundo, como escenario y asiento de antiguas civilizaciones y refugio del mundo clásico.

Hay una dialéctica del descubrimiento intelectual de América que opone o mejor superpone mitologización y subjetivismo. Esta subjetivización excesiva de nuestra realidad ha marcado profundamente a nuestra cultura, de tal modo que muchos han llegado a pensar, erróneamente a nuestro juicio, que el americano tiene condiciones innatas para la literatura (imaginación e intuición) y está negado para la ciencia.

Una vez establecida la mitología básica de la América descubierta por Europa, el continente inicia su fatigoso camino en pos de la autoconciencia, un subjetivismo enfrentado a otro subjetivismo, y para simplificar y para abreviar diremos que éstas son las raíces de la famosas disputas maniqueas entre los sostenedores de la llamada "leyenda dorada" contra los sostenedores de la llamada "leyenda negra". Dinámica maniquea y no dialéctica que se continúa hasta nuestros días: hispanistas vs. antihispanistas; indigenistas vs. europeístas; americanistas vs. europeístas; etc., y así hasta el infinito, contraposición llevada a todos los niveles de la vida social, tanto en el plano político, como ideológico. Hemos opuesto, negaciones irreductibles no síntesis creado-

ras, de allí ese sentimiento que prevalece en nuestros países, sentimiento totalmente ahistórico, de improvisación y la necesidad de recomenzar siempre de cero.

No hay historia cultural autónoma, el proceso histórico es un todo orgánico cuya base económica es fundamental para explicar el proceso, sin caer en un mecanicismo economicista ni en un marxismo de manual.

El descubrimiento intelectual de América así como la denominada idea de América se va desarrollando simultáneamente con el proceso económico que reducido a su expresión esencial, se funda en una relación colonial de explotación y dependencia, verdad científica y no afirmación ideológica, como se las quiere descalificar, fundada en las evidencias aportadas por el mismo desarrollo de las Ciencias Sociales y en especial de la Ciencia Económica.

América para el momento del descubrimiento se presenta como un gran espacio simultáneamente hostil y favorable, y con una base demográfica dispersa y débil, debilitada aún más por efectos de la conquista y que se prolongará durante todo el siglo XVI y XVII. La integración de las nuevas tierras al circuito económico europeo se da desde el mismo siglo XVI y su importancia será creciente; rápidamente se nos especializa dentro del incipiente orden mundial capitalista, en función de la división internacional del trabajo y desde entonces se nos condena a la condición de proveedores de materias primas: maíz, papas, azúcar, cacao, café, tabaco, etc. . . , y con el trabajo de indios y negros y el producto de la minas de plata y oro, de hecho se financia el ascenso del capitalismo europeo.

Entre 1580 y 1640, unificados españoles y portugueses bajo la misma corona, conocen un tráfico intenso inter-colonial, favorable en mucho a los portugueses, de tal manera que las ganancias obtenidas fueron decisivas en la reconquista de su independencia frente a España; este intercambio además del azúcar brasileño, fueron decisivos para Portugal, y no solamente el azúcar como solamente se ha creído.

Hay un capítulo de la historia de América que está por escribirse: la América de los banqueros y de las grandes casas comerciales europeas; en Venezuela tenemos un buen ejemplo con los Welsares.

Muy tempranamente América fue incorporada a la Ley de la oferta y la demanda, de donde arrancan los mercados regionales y nacionales, base histórica de las futuras nacionalidades. Frente a esta dinámica capitalista, en América siempre subsistió una economía sumergida, de subsistencia, autárquica, sustento del inmovilismo civilizatorio de nuestras masas indígenas y campesinas. Por eso Braudel dice con respecto a América, que no es una sociedad ni feudal, ni capitalista, sino superposición y entrecruzamiento de estructuras económicas diversas antiguas, feudales y capitalistas.

Nuestra evolución económica es paralela a la evolución y necesidades del capitalismo naciente, de allí el desarrollo de la llamada economía de plantación, que permite un maridaje entre campo y ciudad, contrariamente a la creencia común que habla de divorcio absoluto entre el campo y la ciudad y por último la intensificación de las explotaciones mineras, dotarán de todos los recursos financieros que Europa Occidental necesitará para su despeque capitalista definitivo en el siglo XVIII.

No creemos en las tesis excluyentes ni en los puntos de vista unilaterales, aunque en un momento determinado puedan ser útiles, de allí que creamos en la necesidad de

estudiar y escribir una historia económica capitalista de América, que integre todos los otros elementos existentes, sin hacer perder la primacía a la perspectiva que hemos llamado aquí nuestra integración a la economía-mundo que se fragua y desarrolla entre el siglo XVI y XVII.

No existe mayor inconveniente hoy en día en aceptar al siglo XVIII, como el siglo donde cuaja un sentimiento de unidad e identidad americana hasta desarrollarse como un proyecto político concreto y que orientará las luchas de estos pueblos primero hacia su emancipación y después hacia su progreso.

Con todo se hecha de menos un conocimiento más acabado de nuestros siglos XVI y XVII, que permite aprehender el proceso de nuestra identidad desde sus propios orígenes, a raíz del choque cultural americano-europeo, en su vertiente americana aborígen así como en las vertientes hispano-europea-africana.

2.2. Siglo XVIII

El siglo XVIII se nos define en esta parte del mundo dominado por España, como la madurez de un orden colonial, ya secular, que a pesar de sus tensiones y conflictos internos y externos, trata de racionalizar las contradicciones y canalizar las inquietudes crecientes: con nuevas divisiones territoriales-administrativas y con decisiones político-administrativas importantes.

- 1714 Ministerio de la Marina y de las Indias.
- 1714 Compañía de Honduras.
- 1717-18 La Casa de la Contratación (órgano del monopolio sevillano), se traslada de Sevilla a Cádiz, igual que el Consejo de Indias.
- 1728 Compañía de Caracas.
- 1740 Compañía de La Habana.
- 1764 Regularización de las comunicaciones marítimas: barcos regulares mensuales de Cádiz con La Habana y Puerto Rico y bimensuales con el Río de la Plata.
- 1767 Supresión de la Compañía de Jesús.
- 1776 Creación del Virreinato del Río de la Plata.
- 1778 (12 de octubre) se declara el libre comercio entre América y 13 puertos americanos y posteriormente entre éstos y los puertos españoles.

Esta política se continúa con diversos proyectos políticos realmente inteligentes como el famoso plan del Conde de Aranda. Estas son apenas algunas evidencias que a nuestro juicio desmienten esa visión caricaturesca de la España de la época. Si bien su crisis histórica profunda para la época es innegable, así como el desfase con respecto a las sociedades-vanguardias que conducían el proceso capitalista; no por ello debemos simplificar demasiado las cosas y traicionar los hechos: España en el mundo de su imperio colonial de América no fue todo ineptitud y fracaso, como pretenden ciertas teorías antihispanistas todavía hoy persistentes.

Por último es necesario apuntar que de hecho, la llamada generación de la Independencia así como el sector social dirigente del proceso emancipador, se forma de manera determinante dentro de los patrones y orientaciones de la cultura dominante: en todo sentido fueron y se sintieron **hispanos-americanos**; con ello no desconozco ni

quiero disminuir la innegable influencia de otras culturas y de otros países. Una vez hechas estas consideraciones de tipo general, quisiera entrar a analizar con algún detalle cómo se va desarrollando la dinámica de nuestra identidad en un proceso concreto, marcado por la presencia viva de un pueblo real, que existe y actúa, que se va develando frente a los demás y frente a sí mismo, se va identificando en la acción y se va reconociendo en una lengua, una etnia, una naturaleza, en fin, en una cultura. Una colectividad con historicidad innegable, no una pertenencia a un pasado mítico a la manera de Keyserling o a un futuro fuera de la historia, como pretende Hegel, sino una historicidad cuajada, un presente, que se nutre de una larga tradición viva que trasciende en mucho el descubrimiento europeo y de un futuro que se define día a día en la lucha cotidiana por sobrevivir y avanzar. Esos son nuestros pueblos para el momento de la emancipación política, pueblos fuertes, pueblos adultos, igual que sus conductores; éstos con su esfuerzo, tenacidad y lucidez apenas señalaban un camino, que las circunstancias, los intereses y la marcha del mundo hacían inevitable.

Ya lo decía el indio Tupac Katari en 1781 antes de ser ejecutado por la justicia colonial "a mí solo me mataréis, pero mañana volveré y seré millones". Esperanza cumplida con la emancipación política y con la lucha nunca abandonada por la autopromoción de nuestros pueblos, en aras de nuevos retos y nuevos proyectos.

El historiador francés F. Braudel en una entrevista reciente afirmaba que él creía que la última gran mutación histórica europea se había dado entre el 300 y el 400 y que los siglos subsiguientes simplemente habían reflejado y desarrollado tal mutación histórica profunda, hasta concluir en el establecimiento de la llamada economía-mundo. Este punto de vista que él refleja en sus dos obras capitales contradice la opinión generalizada que confiere al siglo XVIII, un papel estelar, como punto de encuentro del llamado Mundo Moderno y Mundo Contemporáneo y punto de partida de toda la Contemporaneidad.

Sin discrepar de tan autorizada opinión, nosotros sí creemos que por lo menos para el mundo hispanoamericano el siglo XVIII, conserva toda su importancia y significado y es que en este siglo nuestros futuros países, todavía en el ámbito colonial español y a pesar de la política oficial y las trabas impuestas, se articula de manera predominante en el sistema capitalista mundial, definido esencialmente para aquel momento como un capitalismo de tipo mercantil y financiero. Para constatarlo bastan dos datos: la presencia decisiva inglesa, francesa y holandesa en el Caribe y el incremento, hasta convertirse en dominante, del comercio ilegal o contrabando. Estas relaciones evidentemente no sólo serán de carácter económico sino que se acompañarán por una influencia cultural, ideológica y política decisiva en la formación de la nueva mentalidad, ilustrada, burguesa, independentista. Estas influencias de hecho se manifiestan en dos direcciones, en el contacto directo con el mundo francés e inglés y a través del propio pensamiento español, un sector del cual refleja la misma influencia ilustrada, aunque con matices y características netamente hispánicas.

Contrariamente a la opinión generalizada de un mundo colonial cerrado e inmóvil, este vivía y se debatía en los conflictos de la época, con las limitaciones lógicas que las circunstancias coloniales establecían.

El Mundo Occidental vivía el proceso denominado de las revoluciones burguesas,

cuya primera manifestación política plena será la revuelta de los países bajos contra España, y adquirirá matices definitivos de un nuevo orden político con la llamada Revolución Inglesa y alcanzando su plenitud e influencia máxima con la Revolución Francesa de 1789.

Si bien desfasado, este proceso será asumido en el mundo colonial hispanoamericano del siglo XVIII a nivel de sus clases dirigentes, cuyos intereses entran en conflicto con los intereses metropolitanos. Braudel dirá que la crisis de la Independencia en el 90^o/o de los casos será un conflicto de intereses entre los comerciantes de América y los capitalistas de la metrópoli. Estos criollos, para finales del siglo XVIII han logrado un margen de beneficio y una acumulación de capital tan importante que un decir de la época hablaba de "España como colonia de sus colonias". Este poderoso núcleo dirigente, desarrollará su conciencia de clase (es decir conciencia clara de sus intereses) muy tempranamente, desde el mismo siglo XVI cuando se constituye su base económica a través de los repartimientos y encomiendas, de la explotación minera y el comercio. Su conciencia regional y nacional marchará paralela a la constitución de los mercados regionales y nacionales americanos durante todo el siglo XVII, y su conciencia americanista se constituirá esencialmente en el siglo XVIII sobre tres bases: la participación e integración a una periferia capitalista única dirigida de manera preponderante por Inglaterra; la dirección cultural hispana y sus tres siglos de unidad colonial; y la necesidad táctica y estratégica de fundar el proyecto político de la emancipación sobre una base unitaria, continental. Este proceso adquirirá características cada vez más dinámicas y contradictorias a medida que avanza hasta nuestros días.

Entre 1750 y 1859, dentro de lo que Pierre Vilar llama una coyuntura de auge, se configura estructuralmente y se define una relación consolidada de explotación entre lo que hoy llamamos el mundo desarrollado y el mal llamado mundo subdesarrollado. Estas coyunturas de auge o de crecimiento prevalecieron durante todo el siglo XIX, hasta configurar una relación de explotación total de corte netamente imperialista, sin los paliativos y las mediatizaciones del colonialismo anterior. Como se dice usualmente, España e Inglaterra fueron superados con creces por los Estados Unidos, que viene a representar el apogeo y el modelo más exitoso del desarrollo capitalista europeo occidental. Frente a este hecho, desde finales del siglo XIX hasta nuestros días, la conciencia intelectual de América fue sacudida de tal manera que no hay planteamiento, ni actitud, ni conducta que no esté condicionada por esta realidad. De hecho nuestra identidad básica se intenta definir por oposición y diferenciación con respecto a los Estados Unidos.

2.3. Siglo XIX

La independencia sólo es posible en la medida que existe una cultura que la hace posible, y el conflicto de intereses establece el momento y la inevitabilidad del proceso emancipador.

Bolívar es lo que es, en la medida que es plenamente americano y en él podemos simbolizar a toda la generación de la Independencia.

La emancipación marca el tiempo-eje de la expresión americana, conciencia y forma de lo americano, tiempo y espacio incorporado al quehacer de nuestros pue-

blos. La cultura es creación colectiva hasta en las expresiones más individuales. Existe América, en la medida que se identifica en un largo proceso, definida en un estilo y en una temática.

La cultura americana está marcada profundamente por el mundo indígena, pasado y presente. Son de 20 a 40.000 años de presencia humana sobre estas tierras; un arco civilizatorio que arranca desde el 1200 antes de Cristo y se proyecta hasta el mismo momento de la llegada europea y por último la presencia viva de un mundo indígena que pugna por expresarse a plenitud y ocupar el lugar que le corresponde en el ámbito de la cultura general americana. Hay una dimensión indígena de América, innegable e irrenunciable. Igual podemos decir del poblamiento europeo y africano. Presencias vivas, mestizajes diversos, mucho se ha dicho al respecto y mucho más falta por decir. El color de América es diverso, ha variado de una época a otra y varía de un país a otro, más que generalizaciones se hace necesario elaborar un mapa étnico de América, preciso e históricamente válido.

3 TEMAS Y NOMBRES DE AMERICA

Otra expresión de nuestra cultura, convertida en constantes, son los temas de América, de las ideas y de los nombres de América. Es como el alma americana aprendida y expresada:

1) **La naturaleza:** viva, desmesurada, benefactora, hostil, siempre presente y nunca dominada.

2) **El futuro:** tiempo de América por excelencia, esperanza o evasión.

3) **La identidad:** angustia existencial por la posesión del "ser"; necesidad histórica de identificación étnica, identificación cultural; identificación frente a "lo otro" que nos amenaza (el pasado, indígena o colonial; el presente, el imperialismo norteamericano, etc. . .) ¿Qué y quiénes somos realmente?

4) **La unidad:** sentirse y percibirse iguales, pero vivir divididos; sentir la necesidad de la unidad y fracasar en los intentos por lograrlo.

La cultura filosófica americana bajo el dominio español esencialmente se define por el predominio de la Escolástica "de este modo los hispanoamericanos aprenden como primera filosofía, esto es, como primer modo de pensar en plan teórico universal un sistema de ideas que responde a las motivaciones de los hombres de ultramar" . . . "además de oficial y de centrada en los intereses europeos y particularmente españoles, esta primera filosofía hispanoamericana es, pues, un pensamiento conservador, antimoderno". Esta preeminencia doctrinal va a estar atenuada, pero en mínimo grado, por la presencia "de doctrinas que tenían filo crítico y menos compromisos con el poder establecido —como el platonismo renacentista y el humanismo erasmista".

Con todo, surge una temática americana que va a cobrar una gran importancia: "en torno a la humanidad del indio", "el derecho de hacer la guerra a los aborígenes y el justo título para dominar América", que se proyectó a lo largo de todo el siglo XVI y XVII y constituye quizás lo más importante del pensamiento de la época.

Hay que esperar al siglo XVIII, especialmente en su segunda mitad, para que este monolitismo filosófico comience a tambalearse a través de las diversas influencias del

llamado pensamiento de la ilustración, en sus versiones originales, a través de la propia España o por el contacto con viajeros ilustrados que recorren el continente. "Un despertar de la conciencia crítica y un primer esbozo de reconocimiento de la identidad nacional y americana son perceptibles en el período".

Para el historiador de la cultura Pedro Henríquez Ureña, el panorama de la cultura colonial hispanoamericana no solamente no es desolador, a pesar de que piensa "que la conquista decapitó las culturas nativas" sino que es un panorama positivo tanto por impulso propio como debido al impulso metropolitano, recordándonos que el siglo XVI, por algo fue el siglo de oro de la cultura española. A pesar de la decadencia española del siglo XVII, ya en el XVIII nuestra cultura adquiere nuevo impulso gracias a la ilustración.

En América muy tempranamente se desarrollan una literatura, un arte y una historiografía de aliento; desde las crónicas y relaciones hasta los "Comentarios Reales" de Garcilaso (1608-1617), que quizás, es el primer escritor americano de pleno derecho, por sus orígenes, por su temática, por sus objetivos.

El siglo XVII, lo marcará sin lugar a dudas otra escritora americana plena: Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695).

El siglo XVIII, reflejará la presencia no ya de individualidades americanas, sino de todo un movimiento cultural americano, el barroco, que abarcará todas las manifestaciones humanas: "el primer americano que va surgiendo dominador de sus caudales es nuestro señor barroco". . . . auténtico primor instalado en lo nuestro. "Ese barroco nuestro que situamos a fines del siglo XVII y a lo largo del XVIII, se muestra firmemente amistoso de la ilustración".

El barroco representa la primera "forma" genuinamente americana, tallada en piedra y expresada antes que a través de la lengua, gracias al indio Kondori y al mestizo "el Aleijandinho".

"El arte del indio Kondori representaba en una forma oculta y literática la síntesis del español y del indio, de la teocracia hispánica de la gran época con el solemne ordenamiento pétreo de lo incaico". . . "mientras que el arte del 'Aleijandinho' representa la culminación del barroco americano, la unión en una forma grandiosa de lo hispánico con las culturas africanas".

El barroco americano cuyas raíces hay que buscarlas en lo hispano-incaico y en lo hispano-negroide, desarrollará una vocación irrefrenable por lo "real maravilloso" y "lo real mágico" como expresión y esencia de lo americano, herencia que se proyectará hasta nuestros días especialmente en la Literatura. El barroco se constituye como el primer hijo de un mestizaje creador, de una violación (la europeización forzada) y cuyos genes hay que buscarlos en lo indígena-negroide-múltiple.

Apresar lo americano es intentar apresar lo inapresable, a menos que la cultura se nos convierta en quehacer y existencia real, es decir historia.